



Ser el camino

Cuando
el tiempo
ya no es un límite,
dejamos de ser una huella
para ser el camino.

Lo que nos ancla a la vida es el tiempo, es esa sensación de finitud.

En esa finitud es donde habitan los sueños.

Dejamos de soñar porque nos anclamos a las huellas pasadas, por eso nunca empezamos en el ahora.

Sueña
pero en grande;
para empezar
hazlo en pequeño,
pero...
hazlo ahora.

Los sueños te llevan a ser un propósito, te conducen al éxito y a la maestría.

Los sueños se habitan, como lo hacen los colores infinitos que nunca se olvidan de amanecer.

Cuando los sueños se quedan pequeños es cuando conquistas el éxito.

El éxito te hace vulnerable, porque desde la cima es más fácil caer.

Nada
tiene más probabilidades
de fracasar,
que el éxito.

Porque, cuanto más ganas, más tienes que perder.

El éxito es un acto ganador, es un acto de seducción humana.

Pero, podemos vivir del éxito, y es gracias a la maestría.

La dualidad «maestría - humildad»

La maestría anula la seducción humana que nos condena al éxito, nos desapega del ego para ser eternos aprendices.

La dualidad «maestría - humildad» radica en que la maestría y la humildad son directamente proporcionales.

A medida que tu maestría crece, tu humildad también crece, y lo hace de una manera directamente proporcional.

Ese es el secreto del éxito eterno, y que nunca caduca.

La maestría y la humildad, sendas, nos hacen perdurar en el camino insondable de los sueños.

Cuando perduramos en nuestros sueños, ganamos.

El más humilde siempre gana, siempre vence.

La humildad
es
no perder nunca
la mentalidad de aprendiz.

Conforme avanzamos en nuestra maestría, el ser humilde recuerda siempre ser un alma agradecida.



Ese agradecimiento que nos llevó al éxito, nos hizo crecer de forma incremental.

En ese crecimiento incremental se construyó nuestra confianza.

¿Dónde estás ganando?

Como profesionales de élite: atletas, intelectuales, empresarios, traders... nos debemos enfocar en las pequeñas victorias.

Esas pequeñas victorias son el germen de nuestra confianza, son las constructoras de nuestra singular identidad.

Nuestro cerebro posee un sesgo negativo innato.

Miramos constantemente a las derrotas en lugar de enfocarnos en nuestras victorias, para así hacerlas únicamente nuestras: debemos crear victorias personalizadas,

Nuestra maestría nos guiará a enfocarnos deliberadamente en una pregunta: ¿dónde estoy ganando?

Entrenaremos así a nuestro cerebro para que se enfoque únicamente en el progreso. El progreso es lo que con mayor facilidad descuidamos.

Esas victorias personalizadas construyen la confianza, y nos mantienen presos a la esperanza.

La esperanza
es
el deseo de la abundancia.

El vivir con una visión de un futuro eterno, donde nada muta, donde nada cambia: te atrapa en la escasez, y en el miedo.

Los tres últimos deseos de Alejandro Magno

Una eterna leyenda afirma que Alejandro Magno, en su lecho de muerte, reunió a sus leales generales y les contó sus tres últimos deseos. Estos deseos eran los siguientes:

Alejandro Magno les dijo...

Número uno, quiero que únicamente los mejores médicos del mundo lleven mi ataúd en el cortejo fúnebre.

Número dos, quiero que se esparza la enorme riqueza económica que he acumulado a lo largo de mi vida durante la procesión hacia el cementerio (mis preciosas esmeraldas, diamantes, oro, piedras preciosas, y dinero).

Número tres, quiero que dejen mis manos abiertas colgando fuera del ataúd para que todo el mundo las pueda ver.

Muy osadamente, uno de sus principales generales le pidió que explicara el motivo de estos tres deseos. Así respondió el venerado rey:

En primer lugar, dijo que quería que los mejores médicos llevaran el ataúd para que todos los testigos, y la población en general, entendieran que ni siquiera la mejor medicina disponible podía evitar la muerte de un ser humano. Nadie puede ayudarte a engañar a la muerte.

En segundo lugar, quería que cubrieran las calles con su oro y otros objetos de valor económico para que todos los presentes entendieran que el dinero que hemos obtenido en la Tierra se queda en la Tierra después de nuestra muerte.



Y por último dijo que quería que sus manos colgaran fuera del ataúd para que sus seguidores supieran, y nunca olvidaran, que nacemos sin nada y morimos con las manos vacías.

La intimidad con la mortalidad

El vivir bajo la premisa de que hoy es tu último día, te hace sentir que la vida late entre tus manos; y, que harás todo lo posible para que no se marchite ni un nimio segundo de ella.

En la ineludible mortalidad
de la vida
reside
la inmortalidad del presente.

En nuestros amaneceres, cuando el mundo duerme, podemos construir un mundo donde aniden: el amor, la maestría, la familia, y la virtud de la humildad. Dicha suerte de construcciones son la abundancia, y la verdadera riqueza.

Nuestra misión
es construir un mundo
que
edifique un mundo mejor.

Debemos estar en el mundo para pertenecer al mundo.

Debemos ser presente para ser vida.

La intimidad con la mortalidad es la única fuente de enfoque en un mundo que se pierde en caminos cruelmente solitarios.

El hecho de vivir cada día como el último día, te entrelaza con el patrón de la brevedad de la vida.



En cada amanecer,
nacemos para la victoria
no para la derrota.

***“Quizás, hoy no sea tu último día, pero al final de todos tus pasos
no olvides que tú fuiste el camino”.***

